

EL NACIONALISMO VASCO EN NAVARRA DURANTE EL RÉGIMEN FRANQUISTA

José María Garmendia

El tema del nacionalismo vasco durante el sistema franquista presenta todavía importantes y decisivas lagunas en su investigación. De un lado se han elaborado pocos trabajos científicos; y por otro el factor clandestinidad introduce dificultades añadidas muy importantes y, finalmente, está el tema de las fuentes, cuestión decisiva a la hora de conocer la ideología y práctica de esta corriente durante un régimen tan largo.

El material disponible, las fuentes más fácilmente utilizables, se reducen a la propaganda y a las publicaciones externas de las distintas organizaciones, además de las fuentes orales, cada vez más escasas estas últimas según pasan los años. El problema es que sobre todo en el primero de los casos las fuentes ofrecen un aura de resistencia, de lucha contra Franco que no alcanza más que la epidermis del tema y en ocasiones, una epidermis falsa que no se corresponde con la realidad del fenómeno a investigar. Algo de esto me ocurrió a mí mismo con el libro titulado “La Resistencia Vasca”: las conclusiones que allí se derivaron provenían de un análisis bastante exhaustivo de la propaganda y las publicaciones nacionalistas de la posguerra, junto a una serie de entrevistas orales. Es evidente que hoy, cuando han salido a la luz nuevos materiales, muchas de aquellas conclusiones no se corresponden con la realidad histórica. En cualquier caso hasta que los archivos del Gobierno Vasco no estén por entero y en su totalidad a disposición de los investigadores no se podrá lograr un conocimiento mínimamente exacto de esta cuestión.

Si la investigación del nacionalismo vasco en este periodo histórico se halla todavía en los umbrales, ni que decir tiene que poco se sabe de la presencia de esta corriente política e ideológica en la sociedad navarra. Hay que recordar la tendencia de los investigadores a incluir a este territorio sin más en sus trabajos sobre el País Vasco, no prestando la debida atención a su especificidad; o, al contrario, limitarse a una provincia —casi siempre Vizcaya o Guipuzcoa— o a la actual Comunidad Autónoma Vasca marginando a Navarra. En cualquier caso, en el tema del nacionalismo y, más concretamente, del PNV, hay que hacer una observación entrando ya en materia: no puede llegar a conocerse la realidad del nacionalismo vasco en Navarra sin estudiar el conjunto de la política nacionalista, fuertemente centralizada y cuyo epicentro es Vizcaya. Este es un elemento constante en la historia del PNV pero que, en este periodo, al menos hasta 1953, se agudiza por varias razones, entre ellas la hegemonía del aparato vizcaíno y por la acusada personalidad de Juan Añuriaguerra, el centro por donde pasan todas las decisiones. No estoy hablando tanto del bizkaitarrismo, porque en este periodo creo que no se produce básicamente porque no se toca poder. Estoy hablando de una estructura política fuertemente centralizada. Así por ejemplo José Aguerre, el dirigente navarro más importante

del PNV en la posguerra era un hombre directamente vinculado a Juan Ajuriaguerra. Otras personalidades importantes, ya del exilio, carecen de significación política de tipo operativo, aunque a primera vista parezca lo contrario. Manuel Irujo, por ejemplo, una personalidad importante del nacionalismo y como se sabe tan vinculado a Navarra se hallaba políticamente cortocircuitado a partir de los errores cometidos por él mismo con el Consejo Nacional montado por él en Londres en plena Guerra Mundial. La incansable labor epistolar de Irujo creo que esconde, en el fondo, su forzada inoperancia política.

Hay otra cuestión que quizás requiera también alguna aclaración previa y es el tema de la resistencia que aparece en todos los órganos externos y en la propaganda. No voy a entrar en definir el concepto de resistencia, pero sí que conviene distinguirlo claramente del concepto organización. Quiero decir que el mero hecho de que varias personas creen una estructura política prohibida por el régimen franquista no supone por sí mismo que aquello sea un acto de resistencia, y muchos resistentes jamás han formado parte de organización alguna. Creo que ello es pertinente aunque parezca obvio, porque en el caso del PNV la importancia asignada a la organización no se corresponde con la idea de resistencia, sino con otro tipo de cuestiones, como veremos más adelante.

El nacionalismo vasco en Navarra durante el franquismo es un tema que hace referencia a varios partidos y organizaciones, distintas épocas históricas e incluso diversas sociedades, porque no hay que olvidar el elemento fundamental de las profundas transformaciones que sufre la sociedad navarra en estos cuarenta años. Por razones de tiempo y, sobre todo, de conocimiento histórico, me centraré básicamente en la posguerra -1937/1951- para señalar algunas cuestiones políticas importantes del PNV y en dos momentos significativos de la vida de ETA.

En la posguerra, y para el caso del PNV, pueden distinguirse claramente tres periodos diferenciados: desde el final de la guerra civil en el País Vasco hasta la entrada de los ejércitos alemanes en París, desde este momento hasta la huelga de 1947 y desde este acontecimiento hasta la crisis política de la oposición de 1951.

En el primer periodo señalado los temas claves fundamentales son como se sabe la organización de la ayuda a los refugiados, la cuestión de las cárceles y la estructuración de diversas redes dedicadas a tareas de información al servicio de los aliados. En realidad, y desde el punto de vista de la organización todo ello convergía en una única estructura que prestó importantes servicios, incluyendo los mismos a partidos no nacionalistas, incluso importantes personalidades de la vida política española. Como se sabe al primera red de la que se tiene conocimiento es la dirigida por el ingeniero de Vitoria Luis Alava. En el sumario instruido a raíz de la detención de casi la totalidad de la red se señalan las actividades de la misma, todas ellas en la dirección que acabamos de apuntar.

En esta fase el papel de Navarra, del norte de Navarra más exactamente, fue fundamental, básicamente por el problema de la frontera. Una de las redes incardinadas es la dirigida por Luis Alava (fusilado en 1943) funcionó en Baztán y fue importante como nudo de comunicaciones y pases clandestinos de frontera. Como línea de investigación sería interesante abordar este tema; el problema es que existen pocos datos, al margen de testimonios personales de miembros activos de la red publicados.

El segundo periodo, además de más largo, es mucho más interesante y complejo. Puede decirse que durante la II Guerra Mundial el Partido Nacionalista Vasco se esforzó en buscar un lugar al sol en la nueva Europa que iba a crearse. Habiendo conseguido la Autonomía en octubre de 1936 y tras haberla ejercido durante nueve meses —en una situación de guerra que propició para la “Euskadi oficial” un estatus real de semiindependencia— el PNV centrará sus objetivos políticos durante la II Guerra Mundial en la recuperación de aquella realidad y no tanto de aquel marco jurídico.

Las iniciativas que surgen en esa dirección son diversas y de distinto alcance político. En líneas generales, podrían distinguirse tres tipos de líneas de contacto con las potencias que luchan en la II Guerra Mundial. En primer lugar cabe citar la elucubraciones de diversos miembros del mundo nacionalista y algunos dirigentes del PNV en relación con los alemanes. Aunque en algún caso las elucubraciones pasaron al terreno de lo concreto, en el actual nivel de conocimiento histórico solamente puede decirse que el nacionalismo vasco sondeó y fue sondeado sobre la posibilidad de colaborar con los ejércitos alemanes en el contexto de una hipotética Europa hegemonizada por los nazis, siempre teniendo en cuenta la no menos hipotética posibilidad de una entrada de España en la guerra, bien por voluntad propia, bien por haber sido invadida por cualquiera de los contendientes.

En segundo lugar están los conocidos contactos de Manuel Irujo en Londres, que culminaron en la formación del Consejo Nacional, entendido como un organismo representativo de una nación ocupada por otra aliada del Eje y susceptible de convertirse de facto en gobierno provisional. Finalmente, Aguirre desde Berlín y después desde los EEUU, jugando a fondo la carta americana, persigue en el fondo el mismo objetivo que señalábamos: buscar un lugar al sol de la nueva Europa que vaya a crearse; ya se sabe que las guerras alteran las fronteras.

La política nacionalista, diseñada así a caballo de los avatares políticos y militares de la II guerra mundial, se elabora al margen y de manera autónoma con respecto del resto de la oposición democrática española. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que la desaparición del Gobierno y de las instituciones representativas de la II República junto a la dispersión, división e inoperancia del conjunto de la oposición democrática española empujaban considerablemente en esa dirección. En cualquier caso, la política nacionalista, su carácter autónomo, es algo deliberado. Con la perspectiva de la entrada de España en la guerra se piensa el logro de una situación completamente distinta de la vivida en los últimos decenios. En el caso de Aguirre, su beligerancia en favor de los aliados, el carácter específico, vasco, dado a la colaboración prestada a los mismos y, en conjunto, su política como “Presidente de los Vascos” van también en la misma dirección.

En este contexto el Partido Nacionalista Vasco establece en el interior una serie de organizaciones que, si bien han sido vistas como aparatos de resistencia, cumplen una función bien distinta: son los auténticos embriones de un futuro Estado Vasco. Los aparatos fundamentalmente son tres. En primer lugar, una estructura militar que recoge los restos de lo que en la guerra civil fue el Euzko Gudarostea, limitado exclusivamente a miembros nacionalistas y conocido con el nombre de Euzko Naia. En este caso se trata de unos 2.000 hombres organizados en las cuatro provincias ante cualquier eventualidad y que significan el embrión de un ejército. En segundo lugar, el PNV crea un aparato policial —el que fue entrenado cerca de París— encargado de garantizar el orden público. Finalmente los aparatos de servicios, puestos a disposición de los americanos, vienen a suponer un eslabón más de la misma cadena. Junto a todo ello no hay que olvidar el carácter específico dado a la única unidad militar que se formó y combatió contra los alemanes en las postrimerías de la II Guerra Mundial.

En esta fase pues, la organización nacionalista se circunscribe fundamentalmente a sus aparatos de poder. Hay que tener en cuenta que por ejemplo el Napar Buru Batzar no se organiza hasta 1951.

Ya a finales de la II Guerra Mundial se hace evidente que la recuperación de la autonomía vasca pasa por el establecimiento de la democracia en España. Es la coyuntura de formación del Gobierno Giral, en la que prima la política de restauración republicana. Aguirre se ve obligado a retornar a aquella legalidad, dar vida al Gobierno Vasco y reivindicar el Estatuto de 1936 en el marco de la Constitución republicana del 31.

En este periodo pueden plantearse diversas líneas de investigación referentes a Navarra. Podría sugerirse el estudio del engarce de los aparatos de poder que se han citado en la citada provincia. En concreto, y aunque se desconozcan los efectivos, organización e influencia social, Euzko Naia también estuvo presente en Navarra bajo la dirección de un militante conocido como Catachus. Pero el tema que quizás requiera mayor interés sea el que se refiere al llamado Consejo de Navarra.

El Consejo de Navarra se incardina de pleno en el giro prorrepblicano del PNV tras el 45. Ya en la conocida reunión del Gobierno Vasco en Nueva York se reivindica el derecho indiscutible de Navarra para decidir su incorporación a la comunidad política vasca, afirmando en este sentido que se consagrarán los más grandes esfuerzos para lograr el ejercicio de este derecho. La concepción que anima la creación del Consejo de Navarra es coherente con ese sentido. Se trataría de un organismo institucional, una especie de corporación de tipo público que podría representar al país y forzar su incorporación al resto del País Vasco en unas hipotéticas condiciones favorables. De ahí que estuviera integrado por hombres que habían tenido funciones públicas en la Diputación Foral, enarbolando la bandera del navarrismo, pero haciéndola compatible con la incorporación de Navarra al País Vasco. En cualquier caso puede establecerse una clarísima correlación entre la política de alianzas que preside el Gobierno Vasco y el Consejo de Navarra; en ambos casos sus dos pilares básicos son el PNV y las organizaciones y partidos del antiguo Frente Popular. De esta manera el organismo navarro pretendería aunar los intereses del conjunto de las fuerzas antifascistas para lograr la incorporación de Navarra a Euskadi dentro de los cauces previstos por la Constitución republicana y el Estatuto de Autonomía vasco.

La liquidación política del Consejo de Navarra está directamente relacionada con los rasgos generales de la tercera fase que estamos comentando, la que se abre con el estallido de la guerra fría. Este elemento, junto al definitivo fracaso de la alternativa republicana hacen variar de nuevo la política del PNV en un sentido aún más posibilista. En realidad podemos decir que el posibilismo, es decir, el objetivo de reconquistar la autonomía en función de la situación política general, permite cualquier nivel de acoplamiento, desde las posiciones más "maximalistas" defendidas en los primeros años de la década de los cuarenta hasta la renuncia implícita del Estatuto de 1936 y la aceptación de una hipotética Diputación General, única cosa que parece posible en la nueva situación.

Cuando ya resulta evidente el fracaso de las vías seguidas anteriormente y la alternativa monárquica parece la única viable en función de la coyuntura internacional, el PNV se insertará plenamente en aquella operación, aún a riesgo de verse obligado a rebajar sensiblemente sus aspiraciones. Aguirre, aunque de manera discreta, compartirá y asumirá los nuevos valores anticomunistas imperantes, particularmente en el prietismo, y tratará de presentarse como un defensor más de

Occidente, más eficaz y presentable que el general Franco, al lado de la oposición no comunista española.

En esta coyuntura la disolución del Consejo de Navarra es algo obligado en el marco de la operación política conocida como alternativa monárquica. Parecen claros dos elementos incompatibles con la misma: el tema comunista, por un lado, y el de los nacionalismos y su reconocimiento político, por otro. Es conocido que uno de los objetivos fundamentales de Prieto a lo largo de los años 40 es alejar el fantasma del separatismo en relación con cualquier salida que se plantee al régimen franquista; por convicciones propias o por imposición de sus interlocutores, esa es otra cuestión.

En cualquier caso, el tema del Consejo de Navarra y, más en general, el de las relaciones políticas que se establecen o pretende establecerse entre Navarra y el resto del País Vasco merecería una investigación monográfica. Como se ha recordado al principio, las publicaciones y las propagandas sirven escasamente, habría que acudir a las fuentes orales y a los archivos internos de las distintas organizaciones y del aparato del Estado para abordar con alguna seriedad esta cuestión.

Existen otras dos líneas de investigación sobre este periodo que estamos comentando de un interés indudable. El primero de ellos hace referencia a la huelga de 1951, que como es conocido, tuvo una importante resonancia en Navarra. Desde el punto de vista historiográfico, los movimientos huelguísticos que tienen lugar en España en ese año son prácticamente desconocidos. La década de los 50 y en lo que respecta al movimiento obrero significa un periodo de transición; transición entre los viejos métodos conspirativos, orientados a “dar la vuelta a la tortilla”, y aquellos que parten del seno de la clase obrera y se orientan a la mejora de las condiciones de vida de las mismas; transición entre los viejos protagonistas que tienen su punto de mira en el resultado de la guerra civil y las nuevas generaciones que parten de una situación dada y operan desde la misma; transición, en fin, entre el fracaso de una serie de estrategias políticas orientadas a propiciar el relevo del régimen franquista y el surgimiento y consolidación de nuevos movimientos de carácter socio-político.

En la huelga de los tranvías de Barcelona, en el movimiento huelguístico de Vizcaya y Guipúzcoa, y en fin, en las huelgas de Alava y Navarra coexisten elementos que provienen de la primera fase y que, de distinta manera según provincias, prefiguran los de la siguiente; ninguno de los movimientos huelguísticos citados tienen entre sí mucha relación y responden a dinámicas distintas.

La huelga de 1951 en Vizcaya y Guipúzcoa responde básicamente al modelo conspirativo común a décadas anteriores. Se trata de un último y desesperado intento de evitar el reconocimiento occidental del régimen franquista demostrando su debilidad y su incapacidad para defender el conjunto de valores de occidente. Aunque el PNV intenta levantar el movimiento huelguístico en toda España —única manera de demostrar efectivamente la inestabilidad del régimen— no lo consigue, salvo en Vizcaya y Guipúzcoa, por la extrema debilidad política y organizativa de la oposición no comunista española y por la prostración en la que todavía se halla el movimiento obrero. Además de por la capacidad política y organizativa del PNV en las dos provincias marítimas vascas, la huelga cuaja en ellas también a partir de un nuevo empeoramiento de las condiciones de vida de las masas asalariadas. En cualquier caso, el modelo conspirativo es el que predomina.

No sucede lo mismo en Alava y Navarra. Aunque a nivel de desconocimiento histórico sea considerable para el conjunto de las cuatro provincias, casi nada se sabe sobre los motivos reales y

los protagonistas de la huelga de las dos provincias del interior. Pueden intuirse algunas cuestiones, como la del espontaneísmo, espoleado por las condiciones materiales de existencia y la de participación de fuerzas o integrantes de fuerzas que se van desgajando paulatinamente del bloque del poder configurado en torno al general Franco, como es el caso de los carlistas. Los acontecimientos de la primavera del 51 en Navarra, violentos incluso, serían así un objeto importante de investigación.

La segunda línea que venimos proponiendo tiene más relación con el mundo político e ideológico. En las emisiones de Radio Euzkadi y en la propaganda nacionalista puede intuirse una especie de política de reconciliación entre el tradicionalismo carlista tan arraigado en Navarra y el nacionalismo vasco en base a una hipervaloración del navarrismo, de orientación vasquista y no española. Como es conocido, ello no es nada nuevo en la historia del País; el antecedente del Estatuto de Estella está lo suficientemente cerca como para servir de precedente. Independientemente de cuestiones propagandísticas es extremadamente interesante conocer cuál es el alcance de esta política y los proyectos que podría sustentar.

Más allá del periodo definido como posguerra y para finalizar este planteamiento, cabría proponer tres posibles líneas de investigación acerca del nacionalismo vasco en Navarra. En primer lugar el estudio de su organización e implantación social y el alcance político de las mismas. En segundo lugar, podría estudiarse el desarrollo económico navarro de los años 60 y su posible interrelación con la base social nacionalista; no hay que ocultar que esta vía resultaría más pertinente para los casos de Vizcaya y Guipúzcoa pero podrían obtenerse buenos resultados en el caso navarro. Finalmente, y quizás fuera el elemento más importante, cabría fijar la atención en la “tendencia culturalista” del nacionalismo vasco en Navarra. Obviamente, los temas culturales de carácter vasquista, el euskera en primer lugar, ocupan también la atención de los nacionalistas en las otras provincias, pero puede intuirse que por diversas causas el interés y las realizaciones en este ámbito son particularmente visibles en Navarra teniendo en cuenta su estructura. El movimiento de las ikastolas, la Sociedad Amigos del País, etc... parecen a primera vista una especie de refugio de reproducción ideológica; en realidad podrían muy bien resultar plataformas políticas de actuación en una sociedad relativamente hostil y/o responder a una dinámica de revitalización de tipo cultural vasquista.

Para finalizar vamos a dedicar unas líneas al tema del nacionalismo radical, es decir el que está representado fundamentalmente por ETA y, a otro nivel y en ocasiones, por EGI. Sobre este fenómeno podrían proponerse diversas líneas de investigación, dado que más allá de algunos estudios acerca de la línea programática de ETA —los realizados por Gurutz Jauregui y Jose María Garmendia acerca de los años 60 y 70 y los posteriores de otros autores— basados en las publicaciones, fuentes orales y experiencias personales, no existe ningún análisis, no solamente referido a Navarra, sino ni siquiera para el conjunto de las cuatro provincias, que aborde este fenómeno al margen de su propia producción.

En cualquier caso, no existen muchas diferencias en el desarrollo y consolidación de ETA entre las cuatro provincias, al menos desde el punto de vista organizativo. La primera advertencia a la hora de abordar cualquier estudio podría referirse al del continuo trasiego de militantes que por razones de clandestinidad tiene lugar entre las cuatro provincias, en especial en el tema de los liberados. En buena parte de la historia de ETA, al menos en sus primeros años, los dirigentes de esta organización en Navarra han sido vizcainos; y viceversa, como es conocido, Jose María Eskubi, navarro, ocupó a

finales de los años 60 importantes niveles de responsabilidad.

Podrían plantearse como propuesta dos líneas de investigación. La primera de ellas podría ser el relacionado con lo que se conoce bajo el nombre de “Iratxe”, un grupo que durante un tiempo — año y medio— funcionó en Navarra presentándose como grupo navarrista de liberación nacional ligado a la causa de la “liberación nacional vasca”. Como es conocido su acción más sonada consistió en el atentado al Monumento a los Caídos de Pamplona del 22 de diciembre del 64. Oficialmente, “Iratxe” se integró en ETA a continuación, aduciendo los siguientes motivos:

“Un grupo de navarros, preocupados por las “desnavarrización” de nuestro viejo Reino, decidió hace un año y medio la creación de un órgano clandestino: “Iratxe”. Más de una docena de números, una serie de pinturas murales, contactos con organizaciones patrióticas hermanas, etc., constituyen el balance de nuestro esfuerzo de año y medio. Nuestra última acción, la voladura del degradante Monumento erigido a los muertos navarros de 1936, nos ha dado aún mayor popularidad.

Pero, a nuestra propia evolución interna, de acercamiento irresistible hacia nuestros hermanos vascos de ambos lados del Pirineo, se ha unido el hecho, de significación clara como la luz, de la “nivelación fiscal”, que da el golpe final a nuestra antigua dependencia nacional.

Hemos analizado la situación tras estos gravísimos sucesos; y nos hemos puesto en contacto con los dirigentes de ETA. La coincidencia total de puntos de vista nos ha llevado a decidir la fusión total de los dos movimientos.

Navarra está hoy, efectivamente, en igualdad total de situación frente a España y Francia con el resto del pueblo vasco. No cabe llevar ya tácticas distintas. La lucha por la libertad de Navarra no es sino la lucha de todo el Pueblo Vasco por su libertad”.

Aunque oficialmente, se presentara como una fusión, la realidad es que el grupo “Iratxe” estaba orgánicamente integrado en ETA desde la fundación de ambas, Cabría investigar acerca de las razones que llevaron a tomar la decisión de separar, al menos nominalmente, una misma e idéntica formulación política e ideológica.

La segunda línea de investigación hace referencia a diversas cuestiones que están directamente relacionadas con la recomposición de ETA tras la escisión sufrida en la VI Asamblea. El sector en aquellos años conocido como ETA-V se recompuso en base a su fusión con EGI-Batasuna y sobre una práctica que, cada vez más, se asentaría en la lucha armada. En este contexto hay que recordar las muertes de Artajo y Azurmendi, militantes navarros de EGI. Cabe traducir este hecho como una traslación de la práctica armada de EGI hacia ETA, y no al revés, como se supone habitualmente.